

PRECIOS DE SUSCRICION

Table with 2 columns: Location (Madrid, Provincias, Extranjero) and Price (6rs, 24, 28, 120, 89).

LA MAÑANA.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO

MADRID: Oficinas, Plaza del Rey. G. Dejo, y en las librerías principales. PROVINCIAS: En todas las principales librerías. EXTRANJERO: En París, para suscripciones y anuncios, C. A. Saavedra, rue Taitbout, 55. CUBA.—Havana: Agente general.—Sres. Pego y G. FILIPINAS.—Manila: Sres. Ramirez y Giraudier. PUERTO-RICO: D. Federico Asenjo.

LA PRIMERA PAGINA DE LA MAÑANA.

EL DEBER CUMPLIDO

NOVELA DE COSTUMBRES

por DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuación.)

VI.

D. Blas Ruiz había sido todo un buen mozo, y aunque pasaba de los sesenta años se conservaba en el más perfecto estado de salud...

Estrella se encontraba frente a frente con él por la primera vez de su vida, y aun cuando le conocía mucho por ser el principal de su padre...

Señorita, exclamó D. Blas así que la vio en su presencia; me perdonará V. que me haya atrevido a molestarla; pero hace tiempo deseaba una ocasión para demostrarle el profundo sentimiento de mi alma...

—V. dirá, Sr. Ruiz; yo tengo mucho gusto en escucharle, murmuró casi cortada Estrella indicando a D. Blas un sillón para que tomara asiento...

D. Celedonio se había levantado lleno de impaciencia, y escuchaba en el mismo dintel de la puerta de su cuarto. Estrella le veía, pero no Don Blas, que estaba vuelto de espaldas.

—Hace mucho tiempo, señorita, continuó éste, que veo a V. desde los balcones de mi despacho; la contemplé de niña, la admiré de joven, y viéndola crecer, al propio tiempo que en hermosa en virtudes sublimes...

D. Blas se detuvo para ver el efecto que producían sus palabras.

Estrella palideció intensamente y bajó los ojos: D. Celedonio elevó las manos al cielo en actitud de profunda alegría.

—Comprenda V. que en mi posición y en mi edad este paso es decisivo; yo amo a V. y vengo a ofrecerle mi fortuna y mi mano; ¿quiere V. ser mi esposa?

Estrella en aquel momento pensó en Salvador, y llega su alma de la pasión inmensa que por el joven oficial sentía llegó a ofuscarse de tal manera, que no se acordaba de su padre ni de su angustiosa situación...

—No puedo... murmuró, interrumpiéndose sin saber qué hacer ni qué decir.

—Para salvar a su padre era necesario el sacrificio de su amor.

La pobre víctima bajó la cabeza, y sin ser dueña de contenerse rompió a llorar.

—Si mi proposición la ofende, la retiro: no sé por qué se deja V. dominar por el sentimiento; y aseguro a V. que daría la mitad de mi vida por poder leer en su corazón como en un libro abierto.

—Ofenderme! no señor; perdone V. mi llanto, que ya estaba corriendo cuando V. ha llegado.

—Lloraba por mi madre, que está muy enferma, y por mi padre también, que ha pasado una noche de fiebre cruel.

—Lo ignoraba, y me extraña, porque anoche a primera hora vi en el café a D. Celedonio.

—Es verdad; pero vino muy malo; ahí vea usted, y se ha levantado; qué imprudencia! exclamó Estrella al ver adelantarse a su padre.

—D. Celedonio comprendió que, enamorada su hija de Salvador, era muy capaz de echar a perder el bonito negocio que se le presentaba, y vistiéndose apresuradamente resolvió intervenir, y se presentó en la sala.

—Amigo mio... le dijo D. Blas; perdone V. si me vine sin contar para nada con V. a consultar el corazón de su hija; la amo hace tiempo, y mi único deseo, mi sola felicidad, será que acepte mi corazón y mi mano, en cuyo caso antes de quince días sera mi esposa.

—Es para nosotros una honra muy grande, señor D. Blas; y aunque Estrella es una niña, creo no tenga inconveniente en aceptar su proposición.

—Sabes Vds. que soy rico, inmensamente rico; no tengo familia y vivo solo y triste: ella será el sol de mi casa y la alegría de mi corazón. Mi for-

tuna entera será suya después de mi muerte, y anticipadamente, por vía de obsequio, antes de la boda, yo la dotaré en dos millones de reales.

—Eso es lo de menos; no hablemos de intereses; por mi parte, Estrella es suya; pero permítame V. que celebremos un consejo de familia antes de darle una contestación definitiva; pura fórmula nada más, dijo D. Celedonio.

Estrella, inmóvil en su sillón, con los ojos bajos y las manos enlazadas sobre las rodillas, parecía el reo que escucha su sentencia de muerte.

—Mi deseo es que Estrella sea feliz y que me ame, no hoy, pero sí mañana, cuando me conozca y comprenda la sinceridad de mi pasión y mi único anhelo de hacerla la más feliz y la más opulenta dama que se pasee por Madrid.

—Estrella es una niña que ha vivido siempre, como V. ha visto, encerrada en estas paredes, junto al lecho de su madre enferma, y no debe V. extrañar que, tímida y cortada, no acierte ni a contestarle; tan inesperada proposición la sorprende y la asusta.

—Es verdad; por eso llora sin duda, contestó D. Blas levantándose; pues, hija mía, repóngase V. y perdóname si he venido a turbar su santa paz.

Estrella se levantó también toda temblorosa. —Mañana recibirá V. mi contestación, murmuró la joven posada de la más viva emoción.

—Sí, sí, mañana, Sr. D. Blas; yo mismo se la llevaré, y reciba la seguridad de nuestra más profunda gratitud, contestó D. Celedonio despidiendo al rico banquero con las mayores muestras de cariño.

Cuando volvió a la sala, Estrella había caído en tierra acometida de un accidente nervioso. Entre sus dedos crispados tenía un objeto que apretaba contra su corazón. Era el retrato de Salvador.

VII.

Estrella, educada por una madre que había sido una víctima en su matrimonio, y que aceptó aquella cruz porque era esclava de su deber, no podía menos de asemejarle a su digno modelo: comprendía y aceptaba sus deberes, aunque la llevasen al sacrificio, sin conocer sus derechos. No era una niña frívola, sino grave y seria, porque se formó su corazón en la escuela de la desgracia, no habiendo sentido más alegrías en su corta existencia que su amor a Mendoza. Este había sido el iris de paz en la oscura noche de su vida, iris que desaparecía de su cielo, eclipsado por la mano de la fatalidad.

Cuando la pobre joven volvió en sí de su profundo desmayo, se encontró acostada en su lecho; a su lado estaba su madre en el suyo, llorosa y congojada. Entre las dos camas hallábase D. Celedonio, sombrío y ceñudo, con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho.

Entre los dos esposos habían mediado algunas palabras desagradables; pero como siempre triunfó la fuerza sobre la debilidad, la enferma calló ahogando un profundo suspiro, pero no pudo reprimir sus lágrimas, que corrieron en abundancia.

Ella comprendió con su buen instinto, así que supo la pretensión de D. Blas Ruiz, que por los vicios de su marido iba a ser sacrificada su hija, y lloró de antemano, comprendiendo por experiencia que sin amor mutuo y verdadero entre dos corazones que se enlazan no puede haber felicidad completa en el matrimonio.

Cuando Estrella, incorporándose en la cama, vio la muda desesperación de su padre y las lágrimas silenciosas de su madre, comprendió que había tenido lugar entre ellos alguna escena violenta de recriminaciones y de quejas. Inmediatamente recordó todo lo que había pasado, ofreciéndose ante sus ojos el cuadro desconsolador de su porvenir o la muerte desastrosa, la afrenta y la deshonra de su padre, la miseria de ella y de su madre, la vergüenza de todos, o ahogar su pasión por el joven Mendoza, a quien había jurado amor eterno, enlazándose a un anciano millonario que escondiera sus dolores y sus remordimientos en una atmósfera saturada de los deleites y placeres que proporciona una fortuna espléndida.

Para la generalidad de las personas esto no hubiera tenido nada de particular; para Estrella, que había formado un mundo de su amor, para ella, que miraba las riquezas de la vida como un accesorio que puede proporcionar las comodidades físicas, pero no la dicha del alma, la pérdida de Salvador era su muerte moral, era la desgracia eterna de su vida.

Esto lo comprendió perfectamente; se conocía lo bastante para no hacerse ilusiones; sabía que al faltar a su juramento salvaba la vida de su padre; pero quién sabe si exponía la de su amante?

Esto era lo probable; se amaban con toda la fuerza de un primer amor, y era muy de temer un choque violento. Sin embargo, Estrella tenía muy alta idea de sus deberes filiales, y desde luego no vaciló, aunque sentía la muerte en el alma.

Entre el deber y el amor el deber es lo primero; que el amor es flor de un día, y tiene el deber cumplido, perfume impercedero.

—Y bien, padre mio, ¿qué dice V. de la proposición de D. Blas? preguntó Estrella deseosa de cortar aquel silencio terrible que reinaba en torno suyo, y que iba amontonando las nubes sobre la frente de D. Celedonio.

—Ese matrimonio es la Providencia, hija mía, que ha venido a esta casa para salvarnos a todos, murmuró con acento penetrante el anciano.

—Y V., querida mamá? volvió a replicar la joven dirigiéndose a la enferma.

—Yo creo, mi pobre ángel, que es el cadáver del corazón revestido de espléndidas galas.

(Se continuará.)

PRELUDIOS DE FELICIDAD.

De mal humor, y con viento huracanado y tempestuoso, me dió la humorada de pasearme por el Retiro una nebulosa y fría tarde de Marzo, con la convicción de que yo, solamente yo, podía tener tan estrambótico gusto. Y ahí verán Vds., esto halazaba mi vanidad. ¡Disfrutar yo de lo que no disfrutaba nadie! Porque, en verdad, aquello era delicioso en su género. Una ráfaga de viento me obligaba a dar dos pasos hacia atrás por cada tres que avanzaba, con lo que era preciso andar cinco para adelantar uno. Cuando paraba el viento fuerte y dejaban de oírse sus bramidos, le sucedía otro más débil y no menos molesto, que entraba silbando por un oído, enfriaba y trastornaba la cabeza, y se salía por el otro dando un respingo. El sombrero, a pesar de sujetarlo con la diestra mano, escapaba hacia el cogote o me caía sobre la frente, tapándome la vista; y cuando aquél la dejaba libre para tomar nueva dirección, una nube de polvo se me entraba por donde podía, y lo lloraba, mascaba y oía, haciendo mil visajes y contorsiones que no había más qué ver. La capa campeaba por su respeto, viéndome precisado a buscarla yo las vueltas para que no se rasgara o fuera en busca de nuevo dueño.

—Qué tipo! dirán Vds. Y bien, otros gustos podría yo citarles peores que éste. Al fin y al cabo, no era el pasearme así lo que a mí me gustaba, sino el ser, o mejor dicho, el figurarseme ser yo solamente el que tal hacía. Aquella tarde me dió comienzo por estar solo, y dije: ¿Dónde me refugiaré que no sea un semejante mio?... al Retiro. ¿Quién ha de ir al Retiro con esta tarde? Y el Retiro me fui, y allí pasé el sino con muchísima satisfacción.

Para más placer, para disfrutar, gozar más ampliamente de mi bello ideal, se me ocurrió descansar en uno que llamarémos asiento de piedra, porque encontré forma de sentarme en él, no por que en realidad lo fuera ni pretendiera serlo. Estaba colocado entre dos árboles que se balanceaban chocando entre sí con tal eco como si sostuvieran una lucha encarnizada, produciendo su correspondiente ruido y arrojando sobre mi cabeza y espalda todo aquello que el viento podía arrancar de ellos; de modo que, entre los despojos que caían y la arena que se levantaba, sentíame yo... como si me bañara en agua de rosas.

Así, en medio de este deleite, cuando creí llegar al pináculo de la felicidad por la plena satisfacción de mi capricho, sentí exclamar casi a mi oído: —Vida mía!

Jamás he dado una vuelta más rápida que di entonces. Casualmente el viento me empujaba por donde yo me volvía, y sin darme cuenta de ello me encontré de frente a cuanto tenía a mi espalda... y qué dirán Vds. que vi? Pues vi a una linda muchacha, algo amoratada su cara por el frío, que con una mano se arreglaba los alborotados pelos y con otra escribía en la arena con un pequeño paraguas, teniendo la satisfacción de ver cómo el viento borraba cuanto ella escribía, lo que me hizo murmurar para mis adentros: —Si todas las obras de esta hermosura son como esta!...

Una mamá ó tia, rayan Vds. a saber, que se cruzaba la mantilla sobre las narices, y cerrando un ojo cuando abría el otro procuraba dar la espalda al viento, que era darsela también a la joven, pues por aquel lado soplaban. Un pollo flaco y ojeroso, agarrado fuertemente a su capa con una mano, y suspendida la otra de su sombrero, echar fortivas miradas de amor a la indiferente niña, que de vez en cuando levantaba los ojos de la arena para fijarlos en el joven.

Todo esto vi, diciendo para mi capote: —También es ocurrencia venir con este tiempo a hacerse el amor a este sitio.

Como sucede generalmente, me extrañé y aun censuré en los otros lo que en mí se audía; mas yo no había ido a hacer el amor a nadie ni a que me lo hicieran tampoco; pero volvamos a mi historia.

Contrariado con aquel intempestivo encuentro me puse a filosofar sobre la feliz pareja que tenía delante.

Cada mirada de la niña sorbía el seso al pobre muchacho, que, abriendo los ojos con singular expresión, despedían sus pupilas fosforicas luces que ella recibía sonriendo, y un imparcial observador, yo por ejemplo, leía en la expresión de él: —Bendita seas!

Y en la sonrisa de ella: —Qué tanto eres!

El suspiraba, y ella hacía por hacer lo mismo, y yo murmuraba para mi capote: —Quién será la víctima de estos dos? Desvanecida esa fascinación que ella ejerce sobre él, ¿quién llevará la cruz que, por lo que se trasluce de esos suspiros, miradas y sonrisas, van a cargar sobre sus hombros?

Como contestación a mis dudas, exclamó él: —Qué felices vamos a ser, ángel mio!

—Sí, muy felices. Y después de una breve pausa, él continuó: —No te parece que tu capricho debe estar ya satisfecho y que sería prudente retirarnos? Este viento es insostenible y te vas a constipar.

—No lo creas, a mí me gusta. —Pues no deja de ser un gusto raro. —Mas raros los tienes tú y no te contradigo en ellos.

—Perdóname, querida, pero no tienes razón. Lo que me gusta a mí gusta a la generalidad de las personas.

—Por lo mismo que son vulgaridades me desagradan a mí.

—Te quejas porque me deleita el canto de los

pájaros y porque cuido de las flores, verdad? Siempre lo mismo!

—Me quejo de eso y de otras cosas; no comprendo cómo un hombre que peina tus barbas se pasa una hora escuchando a un jilguero y remedándolo, y otra de observación sobre si este capullo abrirá mañana ó pasado, si será rosa ó azul... eso es muy frívolo.

—No te gusta a tí pasarte las horas con tus amigas hablando de Periquita ó de Menganita? ¿Cuántas veces, hablando con ellas de trajes y perfumados, apenas si me miras a mí!

—Pero esto es hablar y ocuparse de algo. —Y los pájaros y las flores no son algo? ¿será posible que no te gusten?

—Si no digo tanto: me gusta ver un pájaro muy pintado dentro de una elegante jaula; pero que no cante, que no me atreva los oídos. Me gusta un caprichoso ramo de flores en un jarrón...

—No, por Dios, no digas eso!... El pájaro dentro de una jaula me hace daño, me oprime el corazón; las cadenas, por doradas que sean, son siempre cadenas, señal vil de esclavitud. Yo quiero el pájaro en la enramada; quiero verle, libre y feliz, cruzar el espacio, su patria querida, y escoger el árbol y la rama que más le plazca, y fabricar el nido a su antojo con la compañera elegida por su libre albedrío. Las flores, aprisionadas en la estrechez de un jarrón, mas que éste sea de diamante, se me figuran un montón de cadáveres en el pudridero. No, deja a la flor crecer sobre su tallo, mecérse en alas de la brisa y recibir los besos del sol y las lágrimas de la aurora: Alphonse Karr ha dicho: —Une fleur seule n'est plus qu'une fleur, il faut qu'elle se balance et nage dans un air pur, qu'elle ait le ciel au-dessus d'elle et que ses racines ne soient pas emprisonnées dans un pot étroit.

La niña soltó una carcajada. —Te ríes?... —Claro, si eso no merece otra cosa!

—No has entendido lo que he dicho? —Sí, hombre, sí. —Quieres que te lo diga en español? —No, basta de tonterías... algunas veces te pones tan pesado...

—Vaya! no te enfades, pichona; ¡me quieres? —Como lo mereces, tonto!...

Y ella se sonrió con desleñosa coquetería, y a él se le asomó el alma a los ojos, y yo me mordí los labios por contener la risa. A esto siguió un entremés de miradas y suspiros, hasta que ella exclamó:

—Con que te empeñas en ir al Real esta noche? —Hacen Los Hugonotes, querida; puesto que tú no quieres ir, no me prives de este gusto. Si supieras lo que disfruto al oír sus bellezas, tú misma me rogarías que fuera.

—Poca falta te hace, puesto que vas siempre que te acomoda. —Raras veces han sido, y esto porque tú no has querido acompañarme; que harto sabes cuánto he porfiado en tu casa para llevarte.

—Y a qué he de ir yo al Real? —A qué vamos los demás? —Si no entiendo lo que dices!

—Pero oyes lo que cantan. —Ya sabes que no soy aficionada a la música; y sobre todo, para no ir al Real como va toda persona decente, prefiero quedarme en casa.

—Os tomé asientos de palco, que es donde va también mi familia y tus primas y la mayor parte de nuestras relaciones.

—Pues yo, no yendo a butaca y con el traje correspondiente, no quiero ir. —De modo que tú irías al Real para exhibirte! el amor al arte no significa en tí nada!...

—El amor al arte! parece algunas veces un galán de comedia. ¿Cómo he de creer en el inmenso amor que quieres pintarme si tu corazón está tan repartido?

—Por Dios, vida mía, no hables así! —Claro! amas la música, los pájaros, las flores, el arte...

—Sí, sí, amo todo lo bello; por eso te amo a tí, porque eres su perfección. —Pues mira, no quiero compartir tu amor con esas tonterías, yo lo sabes.

—Las llamas tonterías?... —Y qué otro nombre merecen? —Y hablar incesantemente de faralares y de modas!...

—¿Toma! de qué hemos de hablar las mujeres? —No hay en vuestro corazón y en vuestro pensamiento algo más grande que los cepe?

Iba ella a contestar no sé qué, pero se le llenó la boca de polvo, cortándole la palabra a tiempo. —Siguí otra pausa.

—Te has incomodado? repuso él. —Como que tienes gu to especial en traer siempre la conversación a mal terreno.

—No, hija mía; es que tu modo de pensar y el mio son tan distintos... —Pues es preciso que amoldes tus gustos a los míos.

—Buena, no te incomodes, y vámonos de aquí. —Ya!...

—Niña, repuso la que parecía ser mamá; este viento es insostenible; y vámonos, si te parece. —Eso la decía yo.

—Pues por lo mismo quiero estar otro rato. —¡Jesús! qué muchachas ésta! —Vaya, perdóname, ángel mio!

—No; es preciso escarmantarle. —¡Mira que te pones más hermosa cuando te incomodas!...

A ese desdichado le ciega la hermosura exterior y no le permite ver que el ido ante el cual se postra es de barro dorado por fuera y vacío por dentro, dije levantándose sin querer oír más. Si la misericordia de Dios no pone impedimento a esa unión, qué felices van a ser!

Tomé el camino de mi casa, y siguiendo el hilo de mis reflexiones continué murmurando:

—Si dos cosas que se han de unir de tal modo que sólo forman una no tienen las mismas cualidades y los mismos colores, será imposible identificarlas, y por más unidas que estén resultarán siempre dos cosas que producirán un abigarrado conjunto...

Aquí fué cuando el viento llegó a su apogeo. Los árboles no se balanceaban ya, se arrababan, se azotaban, se atravesaban, enredándose con tal furia que al separarse se arrancaban sus ramas unas a otras, las que envueltas en torbellinos de polvo eran llevadas con paso vertiginoso en alas del devastador huracán, mientras los robustos árboles, siguiendo el furor de la tormenta, que bramaba siempre creciente, chocaban de nuevo continuando en su mutua destrucción.

—Hé aquí el final de los arrullos que acabo de oír, dije yo. —Son aquella feliz pareja dos vientos encontrados que, cuando se unan, tienen precisamente que chocar y destruir con el choque a cuanto tengan por medio antes de destruirse mutuamente. Oh! ¡si yo pudiese convertirme en pájaro y cantar al oído de él, puesto que él es el único capricho que escucharme!

—Despierta, hombre! concóctete a tí y a tu amada, y antes de unirte a ella lee tu porvenir en la borrasca que ves. ¿Qué podrás esperar dos personas que en cada frase que os dirigís amagáis una tormenta, sino que estalle ésta al fin más furiosa, más terrible que la que tal vez Dios os pone hoy por ejemplo, y que en vuestra ceguedad no cuidáis de ver? Si embriagados de amor os rechazáis, al despertar de vuestra embriaguez ¿qué hareis?

El huracán seguía, y yo apreté el paso hasta refugiarme en el portal de mi casa. Una vez allí, y en tanto que me desenredaba de mi capa para recoger unos papeles que me entregaba la portera, vi pasar a la consabida pareja llevando a remolque a la paciente mamá como almas que lleva el diablo, y no pude menos de exclamar: —Así vais a ser llevados hasta morir si efectuais vuestra unión; y no es lo malo que lo seais vosotros, sino que, así como ahora arrastráis en pos a esa débil anciana, víctima de vuestras dulces penidencias, arrastreis más tarde a seres inocentes y los envoltéis en vuestra ruina.

La portera abrió desmesuradamente los ojos, y yo subí la escalera murmurando: —Mi extraño capricho me ha proporcionado un ejemplo que me hace recordar y aún recomendar aquello de: «Antes que te cases» etc... etc...

VENTURA HIDALGO.

Madrid, Noviembre 1878.

RESPECTABLES

Esta noche se verificará en el teatro de la calle de Jovellanos la primera representación en esta temporada de la aplaudida zarzuela de los señores Ramos Carrion y Fernandez Caballero, titulada La Marsellesa.

La interpretación de esta obra estará confiada a las señoras Franco de Salas, Soler, Di-Francó y Baeza, y señores Dalmau, Tormo y Banquells.

También tendrá lugar esta noche en el mismo teatro el quinto baile de máscaras.

Ha sido admitido por la empresa del teatro de Variedades un juguete cómico en un acto titulado Sobré la pista.

En el mismo teatro se estrenará la semana próxima otro juguete en un acto, denominado Una cana al aire, en que tomará parte el señor Ruiz, ya restablecido de su enfermedad.

Esta noche tendrá lugar en el Teatro Martín el beneficio de la primera actriz doña Rita Longoria, poniéndose en escena el drama no representado hace años en esta capital, titulado Juan el correo.

Dice un periódico que el Sr. Cuzzani, director artístico de la actual empresa del Teatro Real, saldrá dentro de pocos días para el extranjero con objeto de ultimar los contratos de artistas de gran nombre para completar una brillante compañía de ópera italiana, destinada a funcionar en uno de los principales teatros de esta corte durante la temporada de 1878-80.

Al mismo tiempo el Sr. Cuzzani aprovechará su viaje para adquirir la propiedad de algunas óperas de gran espectáculo, completamente nuevas en Madrid.

FUNCIONES PARA HOY.

TEATRO REAL.—8 1/2.—F. 93 de a.—T. impar.—Un ba lo in máscara.

ESPAÑOL.—8 1/2.—T. 3.º par.—Dos horas de angustia.—Lectura del poema de la última lamentación de lord Byron.—La lista grande.

ZARZUELA.—8 1/2.—T. 3.º.—La Marsellesa.—Gran baile de máscaras de 12 1/2 de la noche a la madrugada.

APOLO.—8 1/2.—T. 2.º par.—El nudo gordiano.—Nudos y nuditos.—El caballo blanco.

VARIETADES.—8 1/2.—Lola y Pepito.—Los baños del Manzanares.—Reclamaciones y bombos.—La primera y la última.

ESLAVA.—8.—A beneficio de D. Julian Alonso.—El cementerio del año.—Una suegra en el garlito.—Pepita.—Miss Leona.—Baile.

MARTIN.—8 1/2.—A beneficio de la primera actriz Doña Rita Longoria.—Juan el Correo.—La gacitana.

RECRO.—8 1/2.—Canto de Angeles.—En la porteria.—La revista del 78.—Lucrecia.

SECCION POLITICA.

CONGRESO.

SESION DEL 13 DE JULIO DE 1878.

El señor ministro de la GOBERNACION....

«Señores: no he visto nunca un éxito más inmediatamente obtenido que el que acaba de obtener el Sr. Leon y Castillo: su señoría quiere que se someta esta duda (la de la vida legal de las Cortes) al poder moderador; pues está S. S. satisfecho: eso he dicho antes y eso repito ahora. SE LE SOMETERÁ.»

SESION DEL 17 DE JULIO DE 1878.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS.....

«Respecto de lo que el Gobierno actual aconseje á S. M. cuando estas Cortes HAYAN CUMPLIDO TRES AÑOS JUSTOS DE EXISTENCIA, respecto á esto insisto en no decir nada: cuando llegue el caso, EL GOBIERNO DELIBERARÁ Y PROPONDRÁ Ó ACONSEJARÁ Á S. M. EL REY, PARA QUE S. M. EL REY LIBERRIMAMENTE SIGA Ó NO EL CONSEJO, LO QUE JUZGUE CONVENIENTE.»

ESTAMOS TRANQUILOS.

Los periódicos ministeriales atribuyen una intencion á la prensa constitucional que no fué por nadie abrigada. Dimos cuenta de la venida del general Martínez Campos porque la noticia era importante, y nos hicimos eco de la impresion que la tal venida causó en el ánimo de los ministeriales porque fué tan grande y penosa que no la supieron ocultar.

Comentarios opuestos, confusion manifiesta, cuanto puede dar idea de una profunda perturbacion de ánimo, todo eso se encontraba en las columnas de los colegas ministeriales. Ayer algo más serenos, aparentan mayor tranquilidad y pretenden curarse en salud augurando desencantos y pérdida de ilusiones á los que, como nosotros, fuimos meros cronistas de la sorpresa que el telegrama de Cuba causó desde el Sr. Cánovas al último de los partidarios de la actual situacion.

El partido constitucional, partido de ideas, partido de principios, partido que funda sus esperanzas en el apoyo que le presta la opinion pública, no se conmueve ni entusiasma por tal ó cual noticia, siquiera sea tan importante y significativa como el inesperado regreso del pacificador de Cuba.

Hay un problema pendiente que altísimas inteligencias son los encargados de resolver. Preséntanse como factores, de un lado el partido conservador, sin apoyo en las masas, sin organizacion, con una política gastada, con unas aficiones reaccionarias que espantan; partido que no supo mejorar el estado de la Hacienda, ni aprovechar la paz, ni intentar ninguna clase de reformas, dejando perecer á la industria, al comercio, á la agricultura; muy poco afortunado, en una palabra.

Del otro lado, y frente á ese partido que tantas veces infringió la Constitución y desconoció la libertad, se presenta el partido constitucional, unido, compacto, con condiciones de gobierno, con un programa conocido, dispuesto á respetar y garantizar todos los derechos legítimos, todas las libertades constitucionales de las cuales resulta necesariamente el orden tan necesario á todos los pueblos.

La alta inteligencia del poder moderador resolverá en su día, teniendo en cuenta el estado de la opinion pública y las necesidades de nuestro país. El partido constitucional no dice otra cosa ni hace otras afirmaciones, ni mucho menos manosea ciertas frases de mal gusto y calificadas de poco respetuosas.

«En qué puede influir la venida del general Martínez Campos? ¡Quién sabe! El general Martínez Campos ha practicado en Cuba una política liberal, profundamente liberal, que contrastaba notablemente con la política del Sr. Cánovas, completa, absolutamente reaccionaria. El general Martínez Campos, si ha de ser consecuente, si no ha de contradecir sus propios actos y su propia historia, tiene que desaprobar por necesidad la política de la actual situacion. La lógica y el buen sentido deducen esa consecuencia.»

Algo parecido al temor se apoderaría de los ministeriales al tener conocimiento del regreso del vencedor de Cuba, cuando ni una sola frase de bienvenida tuvieron para él. Si estaban en el secreto, como ahora sostienen, ¿á qué afirmar la víspera que la venida del general Martínez Campos era una manía de ciertos periódicos?

De todas maneras, ora venga el gobernador general de Cuba por su propia voluntad, ora venga llamado por el Gobierno, ora venga por otra causa que nosotros no tenemos para qué investigar, bien sea la causa una carta que se dice recibida por determinado ministro, bien reconozca origen más alto, al partido constitucional directamente no le afecta nada de eso.

Sin embargo, el hecho de abandonar á Cuba el general Martínez Campos, y de abandonarla repentina y casi precipitadamente, merece estudiarse. Los ministeriales han dicho

un día y otro día, y todos creíamos lo mismo, que la presencia en Cuba de Martínez Campos era poco menos que necesaria.

Conocida es la situacion de la gran Antilla. Una guerra terrible acaba de terminar; por primera vez entran en la vida pública aquellos habitantes; cercano está el momento de ser convocados á elecciones, funcion importantísima en todo pueblo libre, funcion delicada en un pueblo sin experiencia.

El prestigio del general Martínez Campos, su gloria como pacificador, era muy á propósito para mantener á los partidos contendientes en el campo que les señala la legalidad, no para influir en determinado sentido; idea que nosotros no hemos abrigado, y que graciosamente nos atribuye un colega ministerial.

Y precisamente cuando Cuba va á entrar en ese período de agitacion, cuando la presencia de Martínez Campos podía ser una garantia de tranquilidad, de imparcialidad, de seguridad para aquellos electores, es cuando sale de Cuba Martínez Campos. Que no entraba en los planes del Gobierno ese viaje repentino, *La Epoca* lo declaró en un arranque gubernamental.

Dícese que reformas administrativas han impulsado al Gobierno á llamar al capitán general de Cuba. Si la iniciativa parte del Gobierno, ¿qué reformas son esas tan perentorias é importantes que obliguen á viajar á un capitán general en momentos críticos? Y si la iniciativa parte del capitán general, ¿qué situacion es la de Cuba que de tal suerte influye y hace emprender, marcha á su primera autoridad?

El hecho es grave, importante de todas maneras, y por eso ha causado tanta sensacion.

Hemos sido cronistas, nada más que cronistas. Hemos presenciado la sorpresa de los ministeriales, la agitacion que la sorpresa trajo consigo, y ahora presenciamos los esfuerzos que hacen por recomponer. Si el temor ó la duda, ó algo que con distinto nombre exprese la misma idea, no ha sido la causa, preciso es confesar que los ministeriales pierden el color y palidecen sin motivo justificado.

Nosotros seguimos tranquilos, opinando como ántes del viaje, creyendo que el Martínez Campos de Cuba no puede simpatizar con esta política reaccionaria que se practica en la Península. El problema sigue en pie, las necesidades son las mismas, idénticos los partidos, y la opinion pública hállase claramente manifiesta. ¿Por qué no esperar con calma la solución?

EL CREDITO Y LA POLITICA.

Ha terminado el mes de Enero, y los fondos públicos no se han repuesto de la baja que empezó á sentirse poco despues de cortado el cupon.

Como esta baja se relaciona tan íntimamente con la cuestion política, no podemos menos de exponer algunas consideraciones que entendemos merecen atento estudio.

No se puede negar que el ministro de Hacienda ha emprendido una campaña la más activa y diligente que en época alguna se ha practicado para levantar la primera renta del Estado, la que es barómetro del crédito nacional, de la postracion en que se encuentra, y en cuya campaña le han auxiliado con inusitada insistencia todos los periódicos ministeriales, y alguno de oposicion democrática.

Sin embargo, los resultados fueron completamente estériles, no ya porque los tipos de cotizacion han sido y continúan siendo bajos, sino tambien por que la desanimacion en los círculos bursátiles, la flojedad en la contratacion, demuestran con harta elocuencia que el crédito no se ha restablecido y que la desconfianza y los recelos cunden y se extienden entre especuladores y rentistas.

Se amplía en mucho la cifra de las amortizaciones, destinándose á las subastas mensuales sumas de importancia; se cierran las puertas del Tesoro á negociaciones con particulares para obligar á éstos á que acudan á operaciones bursátiles; salen al mercado cantidades crecidas de numerario, importe de los semestres vencidos y de los dividendos de Bancos y Sociedades, y estos capitales prefieren sus dueños tenerlos improductivos en la cuenta corriente del Banco ántes que invertirlos en valores públicos por no exponerlos á riesgos y contingencias.

Se anuncian crecidas amortizaciones de consolidado con el producto de los montes que deben ser enajenados, y tales noticias, en vez de inspirar confianza á los tenedores de papel, que saben tendrán medios fáciles de colocarlo, les alarma, y lo que habia de ocasionar alza en los fondos produce baja.

Hasta los valores privilegiados, esos que tienen dobles garantías, sufren las consecuencias del aspecto general que presenta la cuestion financiera, y la baja se hace sentir con insistencia.

El Gobierno se halla autorizado para sacar al mercado una cantidad de bonos necesaria para atender á preferentes obligaciones; y á pesar de haber rodeado estos valores de toda clase de privilegios y garantías, el ministro de Hacienda teme realizar la venta de los bonos, por suponer que habia de ser causa de descenso en todos los fondos.

Esto, que ligeramente apuntamos, y que es de notoria evidencia, demuestra que, sin una

buna política que responda á las necesidades del país, satisfaga la opinion pública y esté en armonía con el espíritu del siglo, ni puede regenerarse la Hacienda, ni restablecerse el crédito, ni llevar la necesaria confianza á propios y á extraños de que las dificultades se dominan, la crisis se resuelve y se vencen los obstáculos que estorban el fomento y desarrollo de la riqueza pública y el engrandecimiento de los intereses sociales.

Esa política personal y autoritaria, ese exclusivismo y esa intransigencia, signos característicos del Gobierno actual, no puede menos de ejercer pernicioso influencia en todas las esferas, alentando el caciquismo, de efectos tan dañosos en las localidades en que impera, extendiendo el círculo de aspiraciones bastardas, de presiones egoístas, de engrandecimientos injustificados, porque todo ello responde á una misma causa, á un mismo origen, que no es otro que el afán de sostenerse en el poder, subordinando á ello todo linaje de consideraciones.

Tal sistema está en abierta oposicion con la mejora del crédito, con la solución del problema económico y financiero; pues que si la política todo lo absorbe, si las demas cuestiones se consideran de escasa importancia, ni será una verdad el impuesto, ni la administracion gozará de la necesaria independencia para llenar sus importantes funciones, ni los ingresos alcanzarán la cifra que debieran, ni los gastos responderán á las verdaderas y legítimas necesidades del país.

Las crisis políticas son de funestas consecuencias para el crédito, y así se comprende la esterilidad de los esfuerzos practicados para su restablecimiento por el ministro de Hacienda, porque la opinion pública es adversa á todo Gobierno que, cuidándose sólo de sostenerse en el poder, todo lo resuelve con aplazamientos y demoras que revelan debilidades y desconfianzas cuando es tan necesario estabilidad y firmeza.

El país observa que despues de cuatro años no se ha dado un paso en las reformas que exige el estado de la administracion; que, á pesar de impuestos exagerados, los presupuestos se cierran con déficit; que la crisis industrial y mercantil cada día adquiere mayores proporciones; que la Hacienda sigue siendo un problema insoluble; que toda la atencion se presta á satisfacer las exigencias de amigos y allegados: los resultados de ello no pueden ser otros que la indiferencia en unos, el retraimiento en otros, la oposicion en muchos y el desprestigio dentro y fuera de España, acusando este proceder la atonia que se advierte en los círculos bursátiles, el retraimiento de los capitales en lo que contribuir pueda al restablecimiento del crédito y al fomento y desarrollo de la riqueza pública.

Se hace precisa la solución de la crisis política si ha de establecerse el crédito sobre sólida y segura base; esto es evidente, y cuanto se haga para el alza de los fondos, por más que se amortice consolidado, se vendan montes, se anuncien subastas por crecidas sumas, la baja seguirá su curso natural y lógico, porque obedece al estado del país, á la política indecisa y vacilante del Gobierno, y ocurrirá que los mercados extranjeros estarán cerrados á negociaciones y empréstitos, de lo que hay ejemplos recientes.

Esto podrá calificarse por algun periódico, más apasionado que justo, como inspirado por sentimientos interesados y por móviles de una exagerada oposicion; pero la opinion pública confirma nuestras aseveraciones, lo acredita con la baja de los fondos y la flojedad y desanimacion de los especuladores y rentistas, y la crisis que cada día adquiere mayores proporciones, alcanzando á todos, sin distincion de clases ni partidos.

La Epoca ha querido sin duda que se olviden sus tibiezas y sus antiguos pujos gubernamentales, y anoche empuña la pluma y dedica al Gabinete un canto igualmente lírico que si saliera de la mente de su compañero *El Tiempo*, por lo comun tan soñador y amigo de la poesía oriental. Pero el periódico de la calle de la Libertad para ensalzar al ministro la emprende con las oposiciones, y sólo descubre en ellas la sed de mando y la intemperancia de alcanzar el poder. En cambio, ni la más ligera nube empaña la política actual, atenta siempre á la imparcialidad en las elecciones y rectitud en los procederes.

«Cómo puede acusarse al partido constitucional de sed de mando, él, que tiene en su historia las páginas de mayor abnegacion y desinterés? ¿Cómo puede acusársele de impaciencia sin hacer una ofensa á la fe ciega que tiene en sus procedimientos de gobierno y á los cuales flía la reparadora accion que el patriotismo reclama, dado el sistemático y peligroso desconcierto implantado por la política imperante? Si por lo que respecta á nuestro partido le encuentra afanoso é impaciente *La Epoca*, sea, y bien lo sabe, que sacratisimos deberes, convicciones profundas y la misma desahogada y estéril marcha de la situacion nos impone la obligacion de pedir que alcance término el mal camino emprendido; que se restauren las fuerzas constitucionales; que cuando la experiencia nos enseña que el señor Cánovas del Castillo no logra gobernar con provecho de los intereses patrios, abandone

la direccion de los negocios á manos más expertas ó afortunadas.

«Es esta porfia nuestra, probada una y cien veces con la lógica irrefutable de los sucesos, una cantinela molesta para los oídos ministeriales?»

Pues, si enmudeciéramos, no daríamos muestras de amar como amamos á la nacion de que somos hijos, ni de tener gran fe en las doctrinas por cuyo triunfo abogáramos siempre.

«No comprende *La Epoca* que ese afán hidrópico de mando con que quiere explicar los móviles de las oposiciones tendria la facilísima manera de contestarle sólo por el hecho de devolverse?»

No queremos ocuparnos de los elogios que el periódico ministerial tributa al ministerio por su imparcialidad electoral. ¿Para qué hemos de discutir sobre un hecho que no se presta siquiera á una seria discusion?»

Por el remate que *La Epoca* pone á su artículo, deducirá el lector las razones que le esmaltan:

«Ya lo hemos dicho, y lo repetimos y lo repetiremos sin cesar. Organicense esos partidos políticos; preparen sus fuerzas legales; déjense de quejas infundadas y de indebidas amenazas, y cuando llegue la hora de luchar con las armas de la opinion y de la ley, luchen y venzan, si pueden, conquistando así un poder merecido.»

Otra cosa no es digna del aplauso de los pueblos, ni de ser coronada por el éxito.»

«Que nos organicemos! ¿Puede darse más ironía y sarcasmo en un periódico que representa un partido, otro elemento que el exclusivamente oficial? ¿Con quién lucharíamos si él dejara el poder, desorganizándose ipso facto?»

«¡Ah! ¡qué difícil sería entonces encontrarle en los comicios!»

Vamos á terminar. *La Epoca* ha arremetido con las oposiciones; pero, puesto que no nos ha producido herida alguna, celebráremos que este simulacro de combate patentes entre los suyos que le alientan brios canovistas, pese á lo oscuro y difícil de los tiempos, y que sabe olvidar en un día, por razones que no estamos en el caso de inquirir, otras opiniones diversas recientemente emitidas, contradiciéndose se lamentablemente.

La Política hace conjeturas sobre la marcha de los sucesos en Francia y deduce precisamente, á raíz del acto majestuoso y solemne de la eleccion de M. Grevy, que la nacion vecina marcha derechamente hácia grandes perturbaciones.

Confesamos que el sistema inductivo de *La Política* es el mismo que le guía cuando quiere demostrarnos las excelencias de la situacion del Sr. Cánovas del Castillo. Ahora reconoce que en Francia todo va bien, pero teme que este camino conduzca al mal. ¿En qué se funda? No apunta otras ideas que sus sospechas y la circunstancia de querer la república confiar los altos cargos de la nacion á personas identificadas con ella.

La Política puede hacer los cálculos y predicciones que guste; pero reconozca que, si á los hechos apela, éstos no proporcionan otra base que la de una cordura y sensatez reiteradamente demostrada.

Para las consecuencias de *La Política* le hacen falta las premisas, y hasta ahora no se las ha proporcionado ciertamente el curso admirable de los sucesos en la nacion vecina.

Los sucesos lo que demuestran es que allí donde el régimen representativo es sinceramente aplicado, las instituciones se consolidan fácilmente, y que la política reaccionaria y conservadora pierde cada día más terreno.

Si algo ha de deducirse de los recientes sucesos de Francia, en relacion con nuestra política, es contrario en un todo á la que el señor Cánovas representa.

Las disidencias entre algunos ministros y el Sr. Cánovas respecto á la cuestion de vida legal de las Cortes parecían absurdas á *El Diario Español*. Entre otras razones alega el colega la de que el problema no se ha planteado todavía. Precisamente la disidencia estriba en eso; en que el Sr. Cánovas se muestra partidario de aplazar la resolucion, porque no cree, al decir de *La Política*, que existe semejante problema, y otros ministros entienden que no puede resolverse la cuestion económica ni levantar el crédito público sin resolver éstos de una manera clara y concreta el problema político.

Pero *El Diario Español* nos dice que esperemos á que llegue el momento oportuno para convencernos entonces de que no existen tales disidencias. De las palabras de *El Diario Español* se desprende que las disidencias existen, y que no sólo alcanzan á los ministros, sino tambien á los colegas ministeriales.

En el mero hecho de reconocer *El Diario Español* que hay pendiente de resolucion un problema político se pone frente á *La Política* y al Sr. Cánovas, que no reconocen tal problema. Las rectificaciones del colega ministerial producen efectos contrarios á lo que *El Diario* se propone.

Dice *El Tiempo*, sin que acertemos á saber por qué:

«El partido constitucional no quiere descender de sus ideales alturas y sigue obstinado en alejarse cada vez más de las realidades prácticas.»

Tiempo Hegará en que, haciendo justicia á la lealtad y buena fe de nuestras excitaciones, lamentará los tristes y dolorosos extravijs que hoy sufre.»

«Y qué alturas son esas, y qué ideales son esos? ¿Las alturas del respeto á la Constitución y los ideales de practicar la libertad? Pues dícese bien *El Tiempo*: no queremos descender de esas alturas, ideales para el colega ministerial.»

Y como las realidades prácticas á que se refiere *El Tiempo* consistirán en barrenar la Constitución, diatar la vida legal de las Cortes, etc., etc., claro es que nos irémos alejando de ellas tanto como se van acercando los conservadores.

Por lo demas, ya veremos quién se lamenta de su actual conducta. Si los ministeriales caminando ciegos sin reparar en los abismos que los cercan, ó nosotros haciéndoles amistosas advertencias é indicando el único camino que deben seguir, el camino de la ley y del progreso.

Leemos en *El Diario Español*:

«Dice *La Patria* que hay pruebas oficiales en la presidencia del Consejo, en los ministerios de Estado y Guerra y en la comandancia general de Ceuta que acreditan que, debido á las dificultades opuestas siempre, directa ó indirectamente, por los representantes de Inglaterra, no estamos en posesion de los límites marcados por el tratado de Wad Ras, ni hemos podido construir en Benjú el fuerte avanzado que construir debíamos.»

El colega ministerial no desmiente las afirmaciones de *La Patria*. Buen comentario suele ser el silencio.

Dice *El Cronista*:

«La recomendacion hecha por el Sr. Romero Robledo á sus subordinados en la carta que tanto desvela á *La Iberia*, se reduce á que observen la mayor imparcialidad en la próxima lucha electoral.»

«Pues no habíamos quedado en que la carta del Sr. Romero Robledo no era del ministro de la Gobernacion, y en que iba dirigida á los amigos particulares y no á los subordinados? ¿Tan pronto confiesan los colegas ministeriales que la oposicion anduvo acertada en sus conjeturas? ¿Cómo se ha de publicar la carta!»

Luego nos hablan del numeroso partido liberal-conservador sus órganos en la prensa, y ese partido necesita que el Sr. Romero Robledo escriba cartas á los subordinados del ministro de la Gobernacion, y les recomienda la imparcialidad, que todos sabemos lo que significa. ¿Qué dirá de todo eso *La Política*? ¿Rectificará la cita castellana de *El Cronista*? Bueno sería que recordase aquel artículo nuestro que no pudo contestar; quizás la confesion del órgano del Sr. Romero Robledo le prestase argumentos. De todas maneras, el espectáculo de un partido que necesita para organizarse en vísperas de elecciones de la influencia oficial es un espectáculo edificante.

Porque téngase presente que en esa carta no sólo se hablaba de imparcialidad, sino tambien de organizacion del partido.

De un suelto de *La Epoca*:

«Obrar de otra manera sería justificar la sanguenta frase del Sr. Martos, quien, al oír á un su amigo expresar el recelo de que los constitucionales desechados se echarán á la calle, exclamó sonriendo:

—«¿A la calle? ¿Y á qué? ¿A pedir limosna? Tenemos al partido constitucional por demasiado serio para que, resuelta la crisis política en el sentido que el soberano juzgue más conveniente para los intereses del país, deje de buscar en los comicios, francos para todos los partidos, el triunfo de sus ideas.»

El partido constitucional no puede ser antesala de las maquinaciones revolucionarias.»

Ya que *La Epoca* saca á luz ciertas cosas, hágalo con exquisita verdad.

La sangrienta frase no fué del Sr. Martos, sino del Sr. Cánovas del Castillo, segun de público se dijo.

De todas maneras, la sangre que á nuestros hombres hace es la de demostrar, con toda la autoridad del presidente del Consejo, que fué honrada la gestion administrativa de nuestro partido.

La Epoca quiere que el partido constitucional no sea antesala de las maquinaciones revolucionarias.

No hay ni pretexto siquiera para presumirlo. Ella, por su parte, cuida de que los Gobiernos á quien sirve no coadyuven con su política á semejantes resultados.

INFORMACION ARANCELARIA.

Sr. Director de LA MAÑANA.

Gracia 28 Enero de 1879.

Muy señor mio: A pesar de nuestro buen deseo, nos vemos precisados á suprimir parte de la multitud de objeciones que nos vienen á la mente para contestar como fuera debido á las apreciaciones del proyecto de contestacion del Circulo de la Union Mercantil, á fin de no cansar á los ilustrados lectores del periódico que Vd. tan dignamente dirige, y que tan benévolutamente se presta á acoger en sus columnas todas las razones que tiendan en pro del trabajo nacional en todas sus manifestaciones. Si bien en nuestra última procuramos combatir algunos argumentos que hemos creído combatibles, quedan todavía en pie absurdos, que los debemos considerar como producto, no de un desahogado raciocinio, sino como efecto de la pasion de escuela ó de un egoismo particular, siempre censurable.

